

1. ¿Una gran ilusión?

La Comunidad Europea del Carbón y del Acero nació en 1951 de una idea concebida por Jean Monnet y propuesta por Robert Schuman, ministro de Asuntos Exteriores francés, en mayo de 1950. En 1958 se convirtió en la Comunidad Económica Europea, popularmente llamada la «Europa de los seis» (formada por Francia, Alemania Occidental, Italia y Benelux). Esta Europa próspera, «del lejano oeste», admitió luego a Reino Unido, Dinamarca e Irlanda, para convertirse en la «Europa de los nueve», después de lo cual se hizo todavía más grande y pasó a ser la «Europa de los doce», con la integración, en la década de 1980, de Grecia, España y Portugal. Los miembros más recientes —Austria, Suecia y Finlandia— han elevado este número a quince. Cuando se habla de posibles adhesiones futuras, ahora simple y alegremente se dice que un país —Eslovenia, Polonia— «va a unirse a Europa».

Esta curiosa locución ilustra hasta qué punto hoy Europa no es tanto un lugar como una idea, una comunidad internacional pacífica y próspera de intereses compartidos y partes colaboradoras; una «Europa racional», de derechos humanos, de libre movimiento de bienes, ideas y personas, de una cooperación y unidad aún mayor. La aparición de una Europa hiperreal, más europea que el continente mismo, una proyección interior y futura de todos los más elevados valores de la antigua civilización

pero despojada de sus rasgos más siniestros, no puede atribuirse sencillamente al encarcelamiento de la otra Europa oriental, la mitad de ella bajo el comunismo. Al fin y al cabo, no sólo las democracias populares se mantuvieron apartadas de esta nueva «Europa», sino también Suiza, Noruega y (hasta hace muy poco) Austria y Suecia, ejemplo de muchas de las virtudes sociales y cívicas que los «europeos» han tratado de encarnar en sus nuevas instituciones. Si pretendemos comprender los orígenes —y, como expondré más adelante, las limitaciones y tal vez los riesgos— de esta «Europa» que ahora se nos presenta como guía y promesa, debemos retroceder a un momento concreto del pasado reciente en el que las perspectivas de cualquier tipo de Europa parecían especialmente desoladoras.

Constituye un error comprensible suponer, desde la retrospectiva, que la Europa occidental de la posguerra fue reconstruida por unos idealistas en un continente unido. Es indudable que existieron personas así, pertenecientes a organizaciones como el Movimiento por la Unidad Europea de 1947. Pero no tuvieron un impacto real visible. Curiosamente, fueron unos líderes británicos que no habrían de desempeñar ningún papel activo en la verdadera construcción de la unidad europea en años posteriores los que más tuvieron que decir sobre el tema de un continente unificado: en octubre de 1942, el primer ministro Winston Churchill le comentó a Anthony Eden, ministro de Asuntos Exteriores, que «constituiría un desastre descomunal que el bolchevismo acabara con la cultura y la independencia de los antiguos Estados de Europa. Por difícil que resulte decirlo en este momento, confío en

que la familia europea pueda actuar de forma unida, bajo un Consejo de Europa»¹. Ciertamente, en 1945 existía un ánimo idealista en los territorios liberados de la Europa continental, pero los objetivos de la mayoría de sus portavoces eran de ámbito doméstico: el cambio y la reforma interior, de acuerdo con las líneas marcadas por las diversas coaliciones que se habían unido durante la guerra para formar los movimientos de resistencia contra la ocupación nazi. Entrada ya la década de 1950, era inusual encontrar intelectuales o políticos en Europa cuyo interés principal fuera el futuro de un continente unido más que la política de su propio país.

No fue el idealismo lo que movió a los europeos en aquellos años, ni tampoco los imperativos evidentes del destino histórico. Fueron muy pocos los que durante los años de la posguerra sugirieron la unión natural e inevitable de los supervivientes de la guerra de Hitler. En 1944, la periodista norteamericana Janet Flanner, en uno de sus habituales despachos para *The New Yorker*, preveía todo lo contrario: la llegada de una era de competición intraeuropea sobre los escasos recursos de unas naciones desesperadas. Que los Estados de Europa occidental tendrían que cooperar de alguna forma era por supuesto obvio; pero el alcance y las formas de dicha cooperación no se inscribían dentro del mero hecho del agotamiento y la extrema pobreza colectiva. Y muchas posibles formas de

¹ Churchill continuaría pronunciando discursos sobre una Europa unida también después de la guerra, en Zúrich en septiembre de 1946 y en el Albert Hall de Londres en mayo de 1947. Pero como la mayoría de los políticos británicos, lo que él imaginaba y deseaba era poco más que un lugar de reunión y foro de debate, que es lo que el «Consejo de Europa» acabó siendo y así ha seguido hasta la fecha.

cooperación, especialmente las económicas, no tenían nada de idealistas ni conllevaban ninguna implicación de unidad futura.

De hecho, la idea de aunar los intereses económicos para superar los problemas comunes no resultaba en absoluto nueva. A mediados del siglo XIX, algunos habían propuesto ya unos «Estados Unidos de Europa» (como propugnó *Le Moniteur*, un periódico francés de la Segunda República francesa en febrero de 1848). Hubo varias propuestas para crear una federación económica de Europa conforme al modelo cantonal suizo. Los *Zollverein* —las uniones aduaneras— supusieron otro tema popular en los debates decimonónicos; hubo propuestas para ampliar la unión aduanera alemana, establecida en 1834, de modo que incluyera a los Países Bajos, Bélgica, Dinamarca e incluso los territorios habsburgo, si bien dichas propuestas no llegaron a ninguna parte.

El tema de los acuerdos comerciales despertó una atención renovada después de la Primera Guerra Mundial, cuando la disolución de los imperios y el consiguiente desbaratamiento de las unidades de producción y los usos comerciales apuntaban a la necesidad urgente de unos cárteles y pactos comerciales, así como a la depreciación de las monedas y la bajada de los precios que marcaron los comienzos de la década de 1920 (por otra parte existía un sentimiento bastante evidente de antiamericanismo, de temor a la competencia de Estados Unidos, que habría de continuar favoreciendo y alentando los acuerdos comerciales intraeuropeos hasta la fecha). El más conocido de estos acuerdos resultantes fue el Cártel Internacional del Acero, firmado en septiembre de 1926, que incluía a Alemania,

Francia, Bélgica, Luxemburgo y el Sarre (todavía separado de Alemania según los términos del Tratado de Versalles), y al que un año después se unirían Checoslovaquia, Austria y Hungría. Tras la renuncia de los productores alemanes en 1929, sería abandonado dos años más tarde, en el momento álgido de la Depresión.

También se acometieron otros esfuerzos similares para apuntalar la economía europea de entreguerras: el llamado Grupo de Oslo de 1930 (que abarcaba a los países escandinavos y el Benelux) y el Protocolo de Roma de 1934, firmado por Italia, Hungría y Austria. Ninguno de ellos evitó el colapso del comercio, la principal fuente e indicador del estancamiento económico; de 1929 a 1936, el comercio francés con Alemania cayó en un 80 por ciento y las exportaciones alemanas a Francia en un 85 por ciento. Pero resulta significativo que aún en 1938 franceses y alemanes siguieran intentando denodadamente apuntalar las cosas con un (nunca ratificado) acuerdo comercial en virtud del cual Francia comprara más productos químicos y de ingeniería alemanes a cambio de que Alemania aumentara las importaciones de productos agrícolas franceses.

Estas vacilantes e infructuosas tentativas de asociación económica fueron acompañadas de esfuerzos diplomáticos, protagonizados principalmente por el estadista francés Aristide Briand y su homólogo alemán Gustav Stresemann, en pro de una mayor cooperación franco-alemana. Durante la década de 1920, Stresemann abogó incansablemente por el fin de las barreras comerciales e incluso la creación de una moneda europea. Si bien éste no compartía del todo las convicciones de Walther Rathenau,

ministro del gabinete alemán asesinado a manos de unos nacionalistas en 1922, que, según Stefan Zweig, «entregó su vida» a la idea de Europa, Stresemann opinaba que los intereses de Alemania se verían muy beneficiados dentro de un contexto europeo más amplio. Briand era más expansivo aunque impreciso; su plan de 1929 para una Europa Unida planteaba que «entre los pueblos que constituyen grupos geográficos, como los pueblos de Europa, debería existir algún tipo de vínculo federal». El Foreign Office británico realizó un comentario perspicaz aunque escéptico sobre la propuesta de Briand: ésta constituía una «reagrupación y consolidación de las finanzas y la industria europea para asegurar a Francia y al resto de Europa contra la cada vez mayor fuerza de la competencia no europea y especialmente estadounidense. Esto es principalmente lo que siempre se ha querido decir con los “Estados Unidos de Europa” o “paneuropa” y sin ello es difícil vislumbrar siquiera qué es lo que el término “paneuropa” puede significar»².

Por tanto, no faltaban precedentes para la definitiva búsqueda de la unidad económica de la Europa de la posguerra, y no había nada especialmente idealista sobre el resurgimiento de estas ideas y proyectos a su debido tiempo. Por el contrario, el interés por un renacer del abatido continente, por medio de la organización transnacional, estaba muy extendido a lo largo de todo el espectro político. A lo largo de los años de entreguerras, los fascistas especialmente, pero no sólo ellos, habían habla-

² Citado en la introducción del editor a P. Stirk, ed., *European Unity in Context: The Inter-war Period* (Londres, 1989), p. 13.

do y escrito acerca del objetivo de una Europa renovada, rejuvenecida, despojada de sus antiguas divisiones y unida en torno a un conjunto común de metas e instituciones. Los jóvenes neutrales de la década de 1930 —como el socialista belga Paul-Henri Spaak, futuro ministro de Asuntos Exteriores de Bélgica y estadista europeo— pertenecieron a organizaciones de los años treinta como la *Jeune Europe*, en las que se encontraban con gente de la misma opinión, entre ellos Otto Abetz, futuro embajador alemán en el París ocupado.

En la década de 1920, la motivación subyacente a la idea de la unidad europea era el pacifismo; los autores de un manifiesto de 1922 en favor de una Europa Unida sostenían que en una Europa unificada no habría más guerras. No es en absoluto coincidencia que un destacado signatario de este manifiesto fuera el joven francés Jean Luchaire, que posteriormente sería el editor del principal periódico colaboracionista en la Francia de Vichy. A finales de la Segunda Guerra Mundial, el debate sobre una Europa unida acarreaba connotaciones más sombrías: los planes de Albert Speer sobre un Nuevo Orden Europeo, un nuevo Sistema Continental basado en Alemania, habían sido evocados en un millar de discursos durante la guerra, en los que las visiones de una nueva Europa prestaban un siniestro servicio como sinónimo de antibolchevismo, colaboración con el nacionalsocialismo y rechazo al antiguo mundo liberal, democrático y dividido de la preguerra.

No resulta por tanto sorprendente que se hablara poco de una «Europa unida» durante los primeros años posteriores a la derrota de Alemania: la terminología es-

taba contaminada. Los artífices de la Europa de la posguerra se veían impulsados por motivaciones realistas, nacionales, de lo más convencionales y tradicionales —lo que no es de extrañar si se tiene en cuenta que la mayoría de ellos habían crecido en un mundo de naciones-Estado y alianzas y que sus primeros recuerdos adultos databan de antes de la Primera Guerra Mundial—. Ellos sólo podían imaginar las alternativas a las que se enfrentaban a partir de 1945 a la luz de experiencias y errores anteriores, y diseñar sus planes en consecuencia.

Para los franceses, el dilema al que se enfrentaron a partir de 1945 no era esencialmente distinto del de 1918, salvo que en este último caso Francia se había encontrado al menos entre los vencedores, en tanto que en 1945 era a todos los efectos, aunque no se explicitara, un país derrotado. Temiendo el abandono de sus aliados angloamericanos, De Gaulle y otros políticos franceses de 1945, al igual que Clemenceau en 1919, tenían que resolver una vez más su dilema alemán: cómo mantener el poder de Alemania en un nivel que no resultara amenazador sin que dejara de ser lo bastante productiva para garantizar un flujo suficiente de materias primas vitales para la supervivencia de la industria francesa, dado que Francia era enteramente dependiente de los recursos alemanes —en concreto, el carbón— y lo venía siendo desde la década de 1890. Para fabricar su propio acero, Francia necesitaba el carbón del Ruhr; irónicamente, la devolución de Alsacia-Lorena en 1919 había aumentado esta dependencia, ya que los territorios recuperados duplicaban la capacidad de producción de acero sin contribuir significativamente al aprovisionamiento de carbón del país. En 1938 Francia

era el mayor importador de carbón del mundo e importaba 420.000 toneladas al mes sólo del Ruhr. En 1946, sin embargo, el suministro de carbón procedente del Ruhr había descendido un 70 por ciento, en un momento en el que el nivel de producción de carbón de Francia era bastante más bajo que el de 1929.

La estrategia francesa, por tanto, exigía la explotación urgente de recursos alemanes, y el plan inicial francés de la posguerra consistió simplemente en reducir los medios políticos y militares alemanes al mínimo y explotar sus materias primas al máximo, repitiendo la infructuosa estrategia que había conducido a la ocupación francesa del Ruhr en 1923. Este desesperado deseo de reproducir las desastrosas políticas de principios de la década de 1920 era incompatible con el de los líderes políticos británicos y americanos de reactivar la economía germana (occidental), en parte por el bien de la recuperación europea, pero también para aliviar a los británicos en concreto del coste de alimentar y alojar a la gente en su zona de ocupación. Por otra parte, británicos y estadounidenses (especialmente el comandante estadounidense en Berlín, el general Lucius Clay) estaban cada vez más dispuestos a conceder a la zona occidental de la Alemania de la posguerra un cierto grado de autonomía, una política con la cual los franceses estaban lógicamente en desacuerdo (británicos y estadounidenses estaban dispuestos a que los franceses controlaran el Sarre, pero el carbón de esta región era en gran medida inadecuado para las necesidades domésticas francesas).

Líderes franceses como Georges Bidault trataron de soslayar este impedimento aliándose con la URSS durante una serie de reuniones mantenidas entre 1946 y 1947,

un eco de la tradicional estrategia francesa de asociarse con una potencia fuerte al este de Alemania. Esto tenía cierta lógica: los soviéticos estaban a favor de explotar al máximo los activos de su propia zona de la Alemania ocupada y no ponían objeción a que los franceses se beneficiaran de los recursos germano-occidentales, especialmente si ello servía para contrariar a estadounidenses y británicos. Pero con el inicio de la Guerra Fría, los rusos hacían uso de los (en todo caso limitados) servicios que les proporcionaban las maniobras diplomáticas francesas, y durante una reunión celebrada en Moscú en abril de 1947, el ministro de Asuntos Exteriores Vyacheslav Molotov rechazó bruscamente los planes de Francia de dismantelar Alemania, dejando a París sin más salida que adoptar una tercera estrategia.

Ésta consistía en aceptar la necesidad de una reactivada economía germano-occidental y un Estado germano-occidental unificado, pero cercándolo mediante una serie de alianzas internacionales, acuerdos económicos y otras cortapisas, al tiempo que se garantizaba el acceso francés a su potencial riqueza, vital para el éxito del recientemente concebido Plan Monnet —un programa para la reconstrucción industrial francesa que dependía en grado máximo de la disponibilidad y asequibilidad de las materias primas alemanas—. De ahí la complicación de las negociaciones de 1949 y 1950 entre Francia y sus diversos aspirantes a socios: Italia, los países del Benelux y Gran Bretaña. En su forma original, estas discusiones podrían haberse acercado más a reproducir los restrictivos acuerdos comerciales y arancelarios de dominio francés que caracterizaron los años de entreguerras, con el bene-

ficio añadido de garantizar el acceso francés a las materias primas alemanas en unas condiciones que hasta entonces no habían sido posibles. El papel de los británicos dentro de esta entidad habría sido obviamente el de proteger antes que nada a los franceses (y sus otros socios continentales) de la futura amenaza de una Alemania renacida y demasiado poderosa.

Pero estas propuestas no llegaron a ninguna parte, y los franceses se quedaron sin un acuerdo que incluyera a Alemania Occidental y Gran Bretaña y sin uno que excluyera a Alemania. El resultado fue el Plan Schuman, basado en el plan de Jean Monnet para una comunidad de seis naciones que compartiría y regularía la producción y el consumo de carbón y acero bajo una autoridad internacional autónoma. Dicha propuesta, anunciada por Robert Schuman, ministro de Asuntos Exteriores francés, dio el salto imaginativo de aceptar la ausencia de Gran Bretaña para su Comunidad Europea del Carbón y del Acero a la vez que mantenía la participación de Alemania Occidental. Dicha resolución del dilema francés habría sido impensable sólo unos años antes, e incluso en 1950 constituyó claramente una segunda solución, en la que la ausencia británica era motivo de gran pesar especialmente para los negociadores holandeses (si bien el Plan Schuman contaba con el mérito de dar a Francia una oportunidad para tomar la iniciativa sin informar a Londres —una dulce venganza después de una década de humillación diplomática, desde Múnich a Moscú—).

De hecho, los franceses en 1950, al igual que los Habsburgo en el siglo XIX, que optaron por ejercer una papel dominante en la Europa central y del sureste sólo

después de haber sido apartados de los asuntos alemanes por Prusia, aceptaron la solución «europea» a su problema alemán sólo después de que sus primeras estrategias hubieran sido frustradas por las demás potencias. La idea no era del todo nueva: Edouard Herriot, líder del malhadado Cartel des Gauches (1924-1926), había mostrado una voluntad similar de que Francia se comprometiera con una «Europa unida» una vez el «problema alemán» fuera solucionado. Pero en 1925 Francia no estaba en situación de imponer una solución «europea» a sus dificultades —y en todo caso no había sentido la necesidad urgente de hacerlo—. Incluso en el periodo que siguió a la tercera guerra de Francia con Alemania en setenta y cinco años, sus aliados mostraron escasa compasión por las continuas preocupaciones de Francia por una Alemania todopoderosa: según el secretario de Estado estadounidense George C. Marshall, en 1948, «la preocupación francesa por Alemania como su principal amenaza [...] nos parece trasnochada e irreal».

No obstante, y a pesar de sí mismos, los franceses vieron superadas sus esperanzas más optimistas de «europeizar» su dificultad histórica incorporando a Alemania Occidental en una comunidad francocéntrica con la que Francia conseguía lo que sus líderes creían que necesitaba sin que pareciera que lo había hecho por medios típicamente egoístas. Como Jacques Delors, el político francés que acabaría su carrera pública como presidente de la Comisión Europea, expresaría años más tarde en un revelador fragmento de su libro acertadamente titulado *La France par l'Europe* (1988), «Crear Europa es una forma de recuperar ese margen de libertad necesario para una

“cierta idea de Francia”». Pero esto fue posible no sólo porque Alemania no estaba en situación de objetar sino también porque, por razones especiales y contingentes, las autoridades de Bonn deseaban lo mismo. Como el canciller de Alemania Occidental Konrad Adenauer manifestaría cuando le informaron por primera vez del Plan Schuman, «ésta es nuestra oportunidad». Sólo a través de dicha entidad «supranacional» podía la nueva República Federal de Alemania aspirar a reincorporarse a la comunidad internacional en términos de igualdad. Desde el principio, Alemania Occidental (al igual que otros socios de Francia) habría preferido una unión más amplia, en la que se incluyera Gran Bretaña, pero accedió a la Comunidad Europea del Carbón y del Acero bajo las condiciones francesas como primer paso para obtener el apoyo de Francia para sus propios objetivos, especialmente, una mayor soberanía³.

Los motivos de los socios de Francia son igualmente reveladores. Al igual que Francia, pero quizás más aún, los Países Bajos y Bélgica estaban al principio preocupados por que después de la guerra Estados Unidos pudiera retirarse de Europa: entre los años 1945 y 1947 existía un temor real a que se repitiera el aislacionismo norteamericano al retirarse la gran mayoría de las tropas estadounidenses y mostrar el electorado de este país un nivel sistemáticamente alto de desinterés por los asuntos de Europa.

³ Como Karl Jaspers expresó en una carta a Hannah Arendt, «[Nuestro] destino hoy es que Alemania sólo puede existir dentro de una Europa unida, que el resurgimiento de su antigua gloria sólo puede llegar a través de la unificación de Europa, que el demonio con el que inevitablemente tendremos que sellar nuestro pacto es la egoísta y burguesa sociedad francesa».